

Las falsificaciones de la historia de España

Las falsificaciones de la Historia (en relación con la de España), de don Julio Caro Baroja que ha sido publicado en el «Círculo de Lectores» (Barcelona, 1991), como edición conmemorativa del 77 cumpleaños de su autor, se presenta bajo la foma de un librito de 215 páginas, con grabados e índices, si bien lo conoce el público por la edición de Seix Barral (Barcelona, 1992), ya varias veces reeditada y convertida al parecer en un auténtico *best seller*¹. Por supuesto, el maestro ya nos tiene acostumbrados a semejantes éxitos de librería, pero además de la fidelidad de su lectorado y del habitual impacto debido a su notoriedad, es probable que el libro, por su tema y su título, también se haya divulgado más allá de los círculos de los especialistas o aficionados. Por lo menos, no cabe duda de que la idea misma de falsificaciones realizadas a escala de la historia nos proyecta ya fuera de lo común, y tanto como para pasar a la categoría de lo portentoso: la de los grandes enigmas, secretos y demás misterios que jalonan la historia de la humanidad. En otras palabras, con este nuevo libro de don Julio volvemos a pisar el terreno de lo oculto, que es uno de sus campos favoritos y en el que siempre se ha movido con incomparable pericia.

Ahora bien, entre los comportamientos delictuosos o reprobables, la falsificación es probablemente uno de los más ambiguos y fascinantes. Tal vez por constituir una amenaza —como todo lo oculto—, un peligro para el grupo como para el individuo: el de una posible deformación o defraudación de la propia identidad. En este sentido, la falsificación inquieta tanto como el disfraz o la máscara; pero también, como cualquier enmascaramiento, igual puede dar lugar a comportamientos lúdicos o a fechorías como a obras piadosas o actos de caridad. No es de extrañar, por lo tanto, que el libro de don Julio sobre *Las falsificaciones de la Historia* venga encabezado por una alusión al Demonio y termine con palabras más bien com-

¹ Las citas y referencias que vienen a continuación han sido tomadas de la primera edición del «Círculo de Lectores».

prensivas y hasta no desprovistas de cierta benevolencia respecto de aquellos falsarios, «pues debieron de ser hombres fantásticos, entusiastas, no malhechores»². En otras palabras, detrás de la máscara repelente de los hechos reprobables, don Julio supo captar, con una sensibilidad humana e histórica fuera de lo común, las vivencias de unos hombres entusiastas, interesados o torturados, que lucharon, a veces desesperadamente, para alzarse con la historia de su país y acuñar su versión de los hechos. Huelga decir que, paradójicamente, tratándose de un delito tan reprobado, su planteamiento es todo menos ético. O mejor dicho, sus preocupaciones éticas, siempre tan elevadas en todos sus trabajos, antes parecen reservadas a intracciones características de nuestra época, en la que lamenta, desde luego en plan polémico, la actuación de los que él llama «impostores y tartufos».

El libro podía resultar bastante austero, por el acopio de datos y el tipo de materiales que se manejan, ya que éstos huelen más bien a polvo y a tinta reseca. Y eso que don Julio no pretende entrar en compromisos con su lector: aquí están los viejos manuscritos, cartularios, diplomas, así como las citas en latín y hasta alguna que otra palabra en griego, y por supuesto abundan las notas eruditas, reunidas al final de cada una de las cinco partes que componen el libro³. Pero la lectura nunca resulta aburrida; el que nos lleva de la mano por este laberinto de falsificaciones y averiguaciones arduas tampoco es hombre de escritorio: es una persona que se mueve en su siglo y que tanto se acerca a una sala de ventas como a una exposición, de la que vuelve con alguna anécdota jugosa: algo de esa sal de la vida que se nos va a todos de entre las manos, pero que hombres excepcionales saben recoger preciosamente para que los demás disfrutemos con su genio y su sentido del humor. Así es como entramos con don Julio en una «flamante exposición madrileña» en la que había un cuadro atribuido a Ricardo Baroja. Escuchémosle, ya que esto más parece anécdota para ser contada de sobremesa que extracto de un trabajo de erudición:

Estaba en la sala una encargada de las posibles ventas y en el tono más amable que pude le dije, después de haber sonreído al contemplarlo: «Le advierto que ese cuadro no es de Ricardo Baroja». La encargada, de modo muy hostil, me replicó: «¡Qué dice usted! Ha salido de su misma casa». Entonces, ya menos amable, le contesté: «Eso no lo dudo: pero el caso es que ese cuadro no es de mi tío. Por una razón sencilla: Porque lo he pintado yo». Esta aclaración no valió para nada (p. 18).

De hecho, la amenidad se compagina con el acostumbrado rigor de la investigación e incluso con miras hasta cierto punto pedagógicas. Frente a la labor subversiva de los falsificadores, don Julio no se contenta con aducir datos o citas a partir de los que ya tuvieron ocasión de denunciarlos. No es un mero compilador, ni mucho menos. Pretende entenderlos y conocerlos como personas, hacer comprender los motivos que pudieron moverlos,

² Ed. cit., p. 200. *El libro empieza con estas palabras: «El demonio que provoca a la falsificación tienta a toda clase de seres humanos: pero en primer lugar, procura seducir de modo distinto, según los intereses dominantes de mujeres y hombres» (p. 17). Sabido es que una primera frase suele ser bien meditada y es de suponer que don Julio no escribiría ésta con: desenvoltura, cuanto más que la idea de que un demonio es el que inspira a los falsificadores se repite a continuación casi en los mismos términos: «El demonio, pues, o mejor dicho, el diablo en su misión fundamental de introducir la división y el embrollo guía a los falsificadores con intenciones varias» (p. 20). Obsérvese que a unas pocas páginas de distancia, ya no son los falsificadores los que tienen «intenciones» malévolas, sino el mismo Diabolo que gusta de sembrar cizaña entre los hombres...*

³ El número de notas, incluyendo las de la Introducción, alcanza un total de 871.

describir las técnicas que emplearon y distinguir entre diferentes clases de contrafactores. Así es como dedica unas cuantas páginas introductorias a la «falsificación en general», con un breve repaso a las diferentes formas de contrahechura y fabricación de falsos documentos u objetos. Distingue entre los que falsifican «por capricho», algo así como en plan de broma (*cf.* las mistificaciones literarias), los que intentan engañar con fines lucrativos, a título de mera estafa, para aprovecharse de la monomanía de un coleccionista, y los que pretenden torcer los acontecimientos históricos para que entren en conformidad con miras políticas, económicas o religiosas. También se preocupa por clasificar los diferentes tipos de falsificación según el soporte material (inscripciones lapidarias, medallas, pinturas, manuscritos) o según la categoría de datos (míticos, religiosos, históricos, literarios) y hasta según el período en que tuvieron lugar (en la Antigüedad, en la Edad Media o en la Edad Moderna), teniendo en cuenta que son éstos otros tantos parámetros para entender correctamente los complejos procesos históricos, económicos e ideológicos que engendraron semejantes fenómenos de falsificación. Resultan ejemplares, desde este punto de vista, el caso del pseudo Numa Pompilio, evocado por Tito Livio, con miras a edificar y asentar los fundamentos de un derecho en torno a la figura de un legislador mítico; la leyenda de Bernardo del Carpio y de la batalla de Roncesvalles, con vistas a promover un sentimiento nacional (*cf.* los poemas de Osián); los votos de Santiago y de Fernán González, forjados para acreditar derechos económicos y políticos.

El análisis de don Julio llega a pormenorizar alguno que otro de los procedimientos empleados por los falsificadores para acreditar sus embustes, como el que consiste, por ejemplo, por parte del embaucador, en introducir adrede un dato inverosímil para denunciarlo luego y hacer alarde de espíritu crítico. Por supuesto tampoco dejan de mencionarse los crédulos que han caído en la trampa y han contribuido a asegurar el éxito de los embaucadores, así como los hipercríticos, como el jesuita Jean Hardouin (1646-1729), que llegó a sostener que a excepción de unas cuantas obras maestras, la mayoría de las obras literarias en griego y en latín eran falsificaciones realizadas por frailes del siglo XIII. Vale decir que las premisas del estudio dejan transparentar una evidente preocupación por una aprehensión global de los fenómenos y una clara pedagogía de los hechos.

El que su estudio adopte un plan cronológico, tampoco es de sorprender. Sabido es que don Julio suele ceñirse a las reglas del positivismo más estricto y no deja de clasificar y analizar los datos dentro de sus respectivos contextos. La parte dedicada a Giovanni Nanni, alias Annio de Viterbo (nacido en Viterbo en 1432), «descubridor» de «sensacionales» textos de Beroso, encabeza por lo tanto lógicamente este repaso de las grandes falsifica-